

tares piensan también en sus carreras. Podemos esperar que el conjunto sea tan bueno como lo permiten las circunstancias. Probablemente existe una dosis de buena voluntad hacia la Humanidad en cada uno de los que vienen; probablemente ninguno se encuentra ciego ante el tremendo desastre que se cierne sobre nosotros, pero todos son olvidadizos. Y sin embargo, esta conferencia de Washington puede resultar el mejor acercamiento de la voluntad humana. La inteligencia está hecha para luchar contra la fatalidad.

No podemos ser más sabios de lo que somos, pero ante el conjuro del peligro universal podemos, cuando menos, aprender a ser caritativos, sinceros los unos con los otros hasta donde más podamos, mostrarnos prontos a perdonar a nuestros deudores, dispuestos a ceder en nuestras presunciones imposibles, procurar tener paciencia en el oír y generosidad en la acción. Las altas miras y modestia personal aún pueden salvar a la Humanidad.

(Excelsior. México, D. F.)

## EL MOTO <sup>(1)</sup>

POR M. VINCENZI

(Envío del autor)

MUCHO se ha hablado en América del afán de extranjerismo en las letras. Mucho, por cierto, pero no cuanto se debiera hablar. Y no es que se quiera reducir el paisaje a la contemplación de un solo plano, en un solo país y para un solo agregado social literario, ahora, que se trata de proyecciones sobre *planos oblicuos*; ahora, que es imposible personalizar, o mejor dicho, circunscribir el sentimiento estético, a un radio de acción exclusivo, fuera de toda fecunda y rutilante dinamicidad mental. No se quiere esto, ni cosa parecida. Antes bien, es esta una época en que a las visiones locales de paisaje y medio, cualquiera que él sea, se les busca y se les encuentra sus conexiones universales. En esto ha estribado, precisamente, la equivocación de estetas localistas y de estetas universalistas: en separarse y colocarse lejos de todo intento de comprensión recíproco, ignorando que no existe la localidad sin la universalidad y ésta sin aquélla. Tal, el verdadero problema, desde un punto de vista filosófico.

Mas ¿qué se habrá de hacer si justificamos al literato localista su frecuente carencia de letras clásicas y universales? ¿Si justificamos al otro el olvido emocional de su propio medio, en el afán de ir tras las ornamentaciones regias de regios y socorridos renacimientos, con sus puñales de puños de oro, con sus escudos de metales labrados primorosamente? ¿Qué se habrá de hacer? La respuesta es clara, es concisa, es única: para el primero es de señalarse la propia complementación del yo estético en el estudio y asimilación de los mejores mundos lejanos; para el segundo, el conocimiento profundo de su propia tierra, como para

el águila el conocimiento de la roca desde cuyas prominencias arranca la curva ascendente de su vuelo. Esto, y nada más: circunscripción e infinidad en eterna compenetración armoniosa...

Estas sencillas reflexiones las ha provocado la lectura de *El Moto*. Trátase de un primoroso relato de amores campesinos en que lo universal de los sentimientos y acontecimientos humanos, sirve de asiento sólido a lo que es local en nuestra tierra, y local con toda su frescura y toda su campestre lozanía, con todo su vigor de virginidad de montaña. Sus páginas están escritas como si fuesen habladas, en un estilo pintoresco y nervioso. Dijérase que cada página del libro salta vigorosamente como un potrancito retozón, en los potreros indefinibles de los tiempos coloniales. Y que las líneas son crines y son nervios y son carnes que

tiemblan al unísono, al influjo del corcoveo indómito... Claro está que nada de amaneramiento, nada de posiciones de escultura barata, nada de lo que pierde la verdadera y ritual conciencia del estilo, del verdadero estilo, del único estilo, que se resume en estas dos palabras de oro macizo: *inteligencia, sinceridad*. Lo moral y lo intelectual como dos hojas de laurel enlazadas en un anillo tallado, de metal precioso.

Y me admiro que una novela de semejante valor ande por ahí semiolvidada en los viejos estantes de orondos bibliotecarios. Una novela que es un pedazo inalienable de tierra nacional, que debe aparecer como sitio de orientación en nuestras *geografías literarias*. Una novela que es un canto de nuestra raza, sean cualesquiera sus diversos componentes étnicos. Una novela, en fin, que ha influido en nuestros más connotados costumbristas, dándoles nuestro paisaje, nuestros personajes típicos y los primeros romances de emoción escrita y correctamente novelada que aparecieron en prensa nacional.

¿Qué hace su autor, pues, que no nos regala con la edición de esta obra en un lujoso cuaderno del *Convivio*? ¿Habrá olvidado bajo el influjo de la indiferencia del medio, su propio y más conspicuo tesoro?

Reparta su obra por América y España. Haga labor de sagrado egoísmo. Que dentro de poco será necesario que los héroes sobrevivan a sus heroísmos, para levantar el pedestal de sus propias estatuas.

Escasú, 26 noviembre, 1921.

## COSAS DE MIO CID

POR ARTURO TORRES RIOSECO

(Envío del autor)

NADA más genuinamente castellano que nuestro Cid Campeador. La figura del héroe pasa, no como ha dicho Machado envuelta en polvo, sudor y sangre, sino serena y firme por la meseta de Castilla. Toda acción heroica, toda campanada de tragedia, palidecen ante la algarabía del buen Abad que recibe a mío Cid en las puertas de Cardeña. Y cuando la niña burgalesa le pide que se vaya de Burgos, temerosa de las iras del Rey, hay como una agitación de rosales y un trino de alondra en medio del tronar de las cornetas. Más tarde el chorro claro de la emoción pasa cantando por la garganta del buen poeta anónimo, al mirar la donosa muchedumbre de dueñas y guerreros contemplando des-

de los minaretes la ciudad valenciana recostada perezosamente contra el mar.

Mío Cid, el verdadero señor de la barba florida, de esa barba suave como espuma de mar para las manos de Ximena y terrible de majestad para el conde García Ordóñez, se siente en toda su recitura—potencia de macho y de capitán—al ver el regocijo de las hembras que de cara a Dios dan gracias con sus lenguas de plata. Divino pasaje que hubiera comentado con su verso picante el buen Arcipreste.

Habla el poeta de sangre derramada, de lorigas deshechas, de caballos sin sus dueños, y de lanzas quebradas y los lectores al abandonar la lectura tienen en las retinas un soleado paisaje de Castilla, unas arcas de arena y

(1) Novela corta de costumbres costarricenses, escrita por J. GARCÍA MONGE.